

viaba él en el momento de espirar, dijo Úrsula ruborizándose.

Después de haber cambiado espantosas sonrisas, Minoret y Massin miraron al juez de paz expresando una ignominiosa sospecha. Úrsula, que sorprendió y adivinó aquella mirada, calculada en el dueño de la posta, é involuntaria en Massin, se irguió de pronto pálida como un cadáver, sus ojos brillaron á expensas sin duda de su vida, y dijo con ahogada voz:

—¡Ah! señor Bongrand, todo lo que hay en este cuarto lo debo á las bondades de mi padrino; pero que se lo queden todo, no llevo más que lo puesto, y voy á salir de él para no entrar nunca más.

Y se fué al cuarto de su tutor, de donde no hubo medio de sacarla, aparte de que los herederos se sintieron un tanto avergonzados de su conducta. La joven encargó á la Bougival que tomase dos cuartos en la posada de la Antigua Posta, hasta tanto que hubiese encontrado alguna casa en el pueblo donde pudiesen vivir solas. Después tomó su libro de oraciones y permaneció toda la noche con el cura, Sabiniano y el vicario, rezando y llorando. El vizconde llegó después que su madre estuvo acostada, y, sin decir palabra, se arrodilló al lado de Úrsula, la cual le dirigió una triste sonrisa para darle las gracias por su hermosa conducta, que demostraba que participaba fielmente de sus dolores.

—Hija mía, dijo el señor Bongrand entregando á Úrsula un voluminoso paquete, uno de los herederos de su tío ha tomado de su cómoda

todo lo que pudiera usted necesitar, porque no se levantarán los sellos hasta dentro de algunos días. En interés de usted, he sellado también su cuarto, y así recobrará usted todo lo que le pertenece.

—Gracias, señor, respondió Úrsula encaminándose hacia el juez y estrechándole la mano. Véale usted una vez más: ¿no parece que está durmiendo?

El anciano ofrecía en aquel momento ese aspecto de belleza pasajera que anima la cara de los muertos que han expirado sin dolor.

—¿No le ha entregado á usted nada en secreto antes de morir? le preguntó el juez de paz á Úrsula en voz baja.

—Nada; me habló únicamente de una carta.

—Bueno, ya se encontrará, repuso Bongrand. Ahora puede usted darse por contenta de que hayan pedido los sellos.

Al rayar el alba, Úrsula se despidió de aquella casa donde había transcurrido su feliz infancia, y, sobre todo, de aquel modesto cuarto en que su amor había nacido y que le era tan grato, que en medio de su horrible dolor derramó lágrimas de pena por aquella apacible morada. Después de contemplar por última vez sus ventanas y á Sabiniano, salió para ir á la posada, acompañada de la Bougival, que llevaba el lio de sus ropas; del juez de paz, que le daba el brazo, y de Sabiniano, que era su dulce protector.

Así, pues, á pesar de sus sabias precauciones, el desconfiado jurisconsulto iba á tener razón; vería á Úrsula sin fortuna y siendo víctima de los herederos.

Al día siguiente por la tarde, toda la villa asistió á las exequias del doctor Minoret, y cuando se supo la conducta que los herederos habían observado con la hija adoptiva, la mayoría la encontró natural y necesaria: se trataba de una herencia, el difunto era *misterioso*, Úrsula podía creerse con derechos, los herederos defendían lo que era suyo, y, por otra parte, les había humillado bastante mientras vivía su tío, que los recibía en casa como si fuesen perros. Desiderio Minoret, que no hacía maravillas en el desempeño de su cargo, según decían los enemigos del dueño de la posta, llegó para los funerales. Úrsula, que no estaba en situación de asistir al entierro, guardaba cama á consecuencia de una fiebre nerviosa, originada tanto por el insulto que le habían hecho los herederos, como por su profunda aflicción.

—¡Miren ustedes cómo llora ese hipócrita! dijeron algunos de los herederos señalando á Sabiniano, que se mostraba sumamente afligido por la muerte del doctor.

—Ahora falta saber si tiene ó no razón para llorar, dijo Goupil. No se apresuren ustedes á reír, que aun no se han levantado los sellos.

—¡Bah! usted siempre ha venido asustándonos por nada, dijo Minoret que sabía á qué atenerse.

En el momento en que el cadáver salía de la iglesia para ir al cementerio, Goupil sufrió una amarga decepción: quiso tomar el brazo de Desiderio, y éste se lo negó, renegando así de su camarada en presencia de todo Nemours.

—No nos enfademos, pues yo no podría ven-

garme, pensó el pasante, cuyo corazón se hinchó de odio como si fuese una esponja.

Antes de levantar los sellos y proceder al inventario, hubo que esperar á que el procurador del rey, tutor legal de los huérfanos, cometiese á Bongrand para que le representase. La testamentaria de Minoret, que ocupó á toda la villa durante diez días, se abrió al cabo de éstos y fué inventariada con todas las formalidades legales. Dionis hacía con ella su negocio; á Goupil le gustaba hacer daño, y, como el asunto era bueno, las diligencias se multiplicaron. Después de cada diligencia, casi siempre se almorzaba, y notario, pasante y testigos se bebían los mejores vinos de la bodega.

En provincias, y sobre todo en los pueblecitos, donde cada uno posee su casa, es difícil encontrar donde albergarse; así es que cuando se compra un establecimiento cualquiera, la casa forma casi siempre parte de la venta. El juez de paz, á cuyo cargo dejó el procurador del rey los intereses de la huérfana, no vió más medio de sacarla de la posada que comprando en la calle Mayor, en la esquina del puente del Loing, una casita con postigo que daba á un corredor, y que no tenía en el piso bajo más que una sala con dos ventanas que daban á la calle, y una cocina cuya puerta vidriera daba á un patio interior de unos treinta pies cuadrados. Una escalerita, que recibía la luz de unas claraboyas, conducía al primer piso, compuesto de tres cuartos, encima del cual había dos buhardillas.

El juez de paz tomó dos mil francos de la Bougival para pagar una parte del precio de

esta casa, que valía seis mil francos, y logró que le permitiesen pagar el resto á plazos. Para poder colocar los libros que Úrsula quería adquirir, Bongrand hizo derribar el tabique de dos habitaciones del primer piso, después de haberse enterado de que la profundidad de la casa respondía á la longitud de la estantería de la biblioteca.

Sabiniano y el juez de paz dieron tal prisa á los obreros que pintaban, limpiaban y arreglaban aquella casita, que á fines del mes de marzo la huérfana pudo dejar la posada, y encontró en aquella fea casa un cuarto semejante al que los herederos le habían hecho abandonar, pues dicho cuarto fué amueblado con sus propios muebles, que el juez de paz recobró al hacer el levantamiento de los sellos. La Bougival, que se albergaba en el primer piso, podía bajar tan pronto como oyese una campanilla colocada á la cabecera de la cama de su joven ama. La habitación destinada á la biblioteca, la sala del piso bajo y la cocina, vacías aún y pintadas únicamente, esperaban las adquisiciones que la ahijada haría cuando se llevase á cabo la venta de los muebles de su padrino. Aunque el juez de paz y el cura conociesen el carácter de Úrsula, temieron que el paso de la vida de lujo y comodidades á que su tío la había acostumbrado, á una vida miserable, no originase en ella graves trastornos. Respecto á Sabiniano, no hacía más que llorar, y había recompensado más de una vez á los obreros y al tapicero á fin de que Úrsula no encontrase ninguna diferencia, al menos en el interior, entre su cuarto antiguo y el nuevo.

Pero la joven, cuya dicha estaba basada en Sabiniano, demostró la más dulce resignación. En aquella circunstancia encantó á sus dos ancianos amigos y les probó por milésima vez que las penas del corazón eran las únicas que podían hacerla sufrir. El dolor que le causaba la pérdida de su padrino era demasiado profundo para que Úrsula sintiese aquel cambio de fortuna, sin embargo de que creaba nuevos obstáculos para su matrimonio. La tristeza de Sabiniano al verla tan reducida, le hizo tanto daño, que se vió obligado á decirle al oído, al salir de misa, la mañana en que se trasladó á su nueva casa:

—El amor va siempre acompañado de la paciencia; ¡esperaremos!

Una vez que el inventario estuvo terminado, Massin, aconsejado por Goupil, que se inclinó á él por odio secreto á Minoret, esperando sacar mejor resultado del cálculo de aquel usurero que de la prudencia de Celia, hizo intimar á los señores de Portenduere, cuya hipoteca había acabado. La anciana quedó aturdida ante la intimación de pagar ciento veintinueve mil quinientos diez y siete francos cincuenta y cinco céntimos á los herederos, y los intereses á contar desde el día del préstamo, dentro del término de veinticuatro horas, bajo pena de embargo. Pedir prestado para pagar, era cosa imposible. Sabiniano fué á consultar á un procurador de Fontainebleau.

—Tiene usted que habérselas con malas gentes, que no transigirán porque desean obtener á toda costa la quinta de los Bordieres, le dijo el procurador. Lo mejor sería hacer la venta voluntaria á fin de evitar las costas,

Esta triste noticia abatió á la anciana bretona, á la que su hijo advirtió cariñosamente que, si hubiese consentido su casamiento en vida de Minoret, el doctor hubiera dado sus bienes al marido de Úrsula, y que hoy su casa estaría en la opulencia en lugar de estar en la miseria. Aunque fué dicho sin reproche, este argumento hizo tanto daño á la anciana como la idea de una próxima y violenta desposesión. Al saber este desastre, Úrsula, que apenas se había repuesto de la fiebre y del disgusto que los herederos la habían dado, quedó anonadada. Amar y encontrarse impotente para socorrer á aquel á quien se ama, es uno de los sufrimientos más espantosos que puede herir el alma de las mujeres nobles y delicadas.

—Quería comprar la casa de mi tío; pero compraré la de su madre, dijo Úrsula á Sabiniano.

—¿Es posible eso? dijo Sabiniano. Usted es menor y no puede vender su renta sin ciertas formalidades, á las que no se prestaría, ciertamente, el procurador del rey. Por otra parte, no trataremos de resistir. Toda la villa ve con placer la ruina de una casa noble. Estos burgueses son como perros rabiosos. Afortunadamente, me quedan diez mil francos, con los cuales podré sostener á mi madre hasta el fin de estos deplorables asuntos. Además, el inventario de su padrino no está aún terminado, y el señor Bongrand espera encontrar algo para usted. Este buen señor está tan asombrado como yo al ver que su padrino la ha dejado á usted sin fortuna. Lo mismo con él que conmigo, el doctor ha hablado

tantas veces del hermoso porvenir que le preparaba, que encontramos inexplicable este desenlace.

—¡Bah! dijo Úrsula, con tal que pueda comprar la biblioteca y los muebles de mi padrino para evitar que se dispersen ó que vayan á parar á manos extrañas, estoy contenta de mi suerte.

—Pero ¿quién sabe el precio que pondrán esos infames herederos á todo lo que usted quiera adquirir?

De Montargis á Fontainebleau no se hablaba más que de los herederos de Minoret y del millón que buscaban; pero las más minuciosas investigaciones hechas en la casa, desde el levantamiento de los sellos, no dieron resultado alguno. Los ciento veintinueve mil francos de la hipoteca Portenduere, los quince mil francos de renta al tres por ciento, que estaban entonces al setenta y seis y que formaban un capital de trescientos ochenta mil francos, la casa, estimada en cuarenta mil francos, y su rico mobiliario producían un total de seiscientos mil francos, capital que á todo el mundo pareció un bonito alivio. Minoret empezó á sentir ya entonces algunas inquietudes. La Bougival y Sabiniano, que, lo mismo que el juez de paz, persistían en creer en la existencia de algún testamento, iban á preguntar á Bongrand al final de cada diligencia el resultado de sus pesquisas. El amigo del anciano exclamaba á veces cuando los curiales y los herederos no estaban presentes:

—¡No comprendo nada de todo esto!

Doscientos mil francos constituían para los

herederos, como para muchas gentes superficiales, una hermosa fortuna, y nadie se metió á indagar cómo el doctor había podido soportar el gasto de su casa con quince mil francos solamente, siendo así que no percibía los intereses de la hipoteca de Portenduere. Bongrand, Sabiniano y el cura se hicieron frecuentemente esta pregunta en interés de Úrsula, y, con sus indagaciones, hicieron palidecer más de una vez al dueño de la posta.

—Y, sin embargo, lo hemos registrado perfectamente todo. Ellos, para encontrar dinero, y yo para encontrar un testamento que debía estar á favor de Portenduere, dijo el juez de paz el día en que quedó cerrado el inventario. Se han revuelto las cenizas, se han levantado los mármoles, se han registrado las zapatillas, los colchones, los cobertores, las alfombras; se han horadado las maderas de la cama, se han registrado los papeles y los cajones uno por uno, y se ha cavado el suelo de la bodega.

—Y ¿qué opina usted? decía el cura.

—Que el testamento ha caído en manos de algún heredero.

—¿Y los valores?

—¡Quién sabe! Vaya usted á averiguar algo con gentes tan socarronas, tan astutas y tan avaras como los Massin y los Cremiere. Y vaya usted á averiguar nada con una fortuna como la de Minoret, que percibe doscientos mil francos de la herencia y que, según se dice, va á vender su privilegio, su casa y sus intereses en las diligencias por trescientos cincuenta mil francos. Y esto sin contar las economías de los treinta y

tantos mil francos de renta que tiene en tierras... ¡Pobre doctor!

—El testamento ha debido ser escondido en la biblioteca, dijo Sabiniano.

—Por eso no le quito de la cabeza á Úrsula la idea de comprarla. A no ser por eso, ¿no sería una locura dejarla emplear su único dinero contante en libros que no ha de abrir nunca?

La villa entera creía que la ahijada del doctor tenía en su poder el capital tan buscado; pero cuando se supo positivamente que sus mil cuatrocientos francos de renta y sus ahorros eran lo único que constituían su fortuna, la casa del doctor y su mobiliario excitaron una curiosidad general. Los unos pensaron que se encontrarían sumas de billetes de Banco escondidas en los muebles, y los otros que el anciano los había escondido en los libros. De modo que la venta ofreció el espectáculo de las extrañas precauciones tomadas por los herederos. Dionis, ejerciendo las funciones de pregonero, declaraba á cada objeto, que los herederos vendían únicamente el mueble y no los valores que podía contener, y después, antes de entregarlo, lo sometían á minuciosas investigaciones, lo hacían sonar y sondar, y, finalmente, lo seguían con la vista, dirigiéndole las mismas miradas que un padre dirige á su hijo único viéndole marchar para las Indias.

—¡Ah! señorita, dijo la Bougival consternada al vorver de la primera sesión, yo no iré más. ¡Qué razón tiene el señor Bongrand al decir que no podría usted soportar ese espectáculo! Todo está por el suelo. Se va y se viene por todas par-

tes como por la calle, los muebles más hermosos sirven para todo, se sube la gente encima de ellos; en suma, que hay allí un revoltijo inaguantable. Parece que presencia uno un incendio. Las mejores cosas están en el patio, los armarios están abiertos y no tienen nada dentro. ¡Oh! pobre hombre, ha hecho bien en morir, porque esta venta lo hubiese matado.

Bongrand, que compraba para Úrsula los muebles que más apreciaba el difunto y que podían servir para adornar su casita, no compareció en la venta de la biblioteca. Más astuto que los herederos, cuya avidez podía hacerle pagar caros los libros, había encargado que los comprase á un librero de Melun, que había ido expresamente á Nemours y que se había hecho adjudicar ya varios lotes. A causa de la desconfianza de los herederos, la biblioteca se vendió obra por obra. Tres mil tomos fueron examinados, hojeados y agitados para hacer salir los papeles que pudieran contener. El total de las adquisiciones que hizo Úrsula ascendió á seis mil quinientos francos. La estantería de la biblioteca no fué entregada hasta después de haber sido cuidadosamente examinada por un ebanista célebre para los *secretos*, traído de París. Cuando el juez de paz dió orden de transportar la estantería y la biblioteca á casa de Úrsula, los herederos sintieron vagos temores, que no tardaron en disiparse cuando vieron que la joven seguía viviendo tan pobremente como antes. Minoret compró la casa de su tío, que sus coherederos pujaron hasta cincuenta mil francos, imaginándose que el dueño de la posta pensaba encontrar

algún tesoro en las paredes. Quince días después de la liquidación de la herencia, Minoret, que había vendido sus caballos y su establecimiento al hijo de un rico cortijero, se instaló en la casa de su tío, donde gastó enormes sumas en muebles y restauraciones. De esta manera Minoret se condenaba á vivir á pocos pasos de Úrsula.

—Espero que nos veremos libres de esos noblotes, había dicho Minoret-Levrault en casa de Dionis el día en que se notificó el embargo á Sabiniano y á su madre. Después ya echaremos á los otros.

—La noble con campanillas no querrá ser testigo de su desastre, respondió Goupil, é irá á morir á Bretaña, donde, sin duda, encontrará mujer para su hijo.

—No lo creo, respondió el notario, que acababa de redactar aquella misma mañana el contrato de la adquisición hecha por Bongrand. Úrsula acaba de comprar la casa de la viuda Richard.

—¡Esa maldita pícara no sabe qué inventar para fastidiarnos! gritó imprudentemente el dueño de la posta.

—Pero ¿qué le importa á usted que viva en Nemours? preguntó Goupil, sorprendido al ver el arranque de contrariedad del imbécil coloso.

—¿No sabe usted que mi hijo comete la estupidez de estar enamorado de ella? contestó Minoret poniéndose rojo como la grana. Cien escudos daría porque Úrsula se fuese de Nemours.

Por estas solas palabras, cualquiera podrá comprender lo mucho que Úrsula, pobre y resig-

nada, iba á molestar al rico Minoret. El jaleo de la liquidación de la herencia, la venta de su establecimiento y los mil pasos que exigen estos insólitos negocios, sus discusiones con su mujer acerca de los más insignificantes detalles y de la adquisición de la casa del doctor, donde Celia quiso vivir holgadamente en interés de su hijo, y aquella algazara, que contrastaba con su vida ordinaria, impidió al gran Minoret pensar en su víctima. Pero, algunos días después de haberse instalado en la calle de los Burgueses, á mediados de mayo, al volver de dar un paseo, el coloso oyó el piano, vió á la Bougival sentada á la ventana como un dragón que guarda un tesoro, y sintió de pronto en su conciencia importuno malestar.

Explicar el por qué la presencia de Úrsula, que no sospechaba siquiera el robo que le habían hecho, pasó á ser de pronto insoportable para un hombre del temple del dueño de la posta, y el cómo el espectáculo de aquella grandeza en medio del infortunio le inspiró el deseo de arrojar de la villa á aquella joven, y el cómo este deseo tomó los caracteres del odio y de la pasión, sería hacer, sin duda, todo un tratado de moral. Acaso no se creía legítimo dueño de los treinta y dos mil francos de renta mientras aquella á quien pertenecían estuviese á dos pasos de él; acaso creía vagamente que una casualidad podía descubrir el robo mientras que los despojados estuviesen allí; acaso la presencia de Úrsula despertase remordimientos en aquella naturaleza primitiva en cierto modo, casi salvaje, y que hasta entonces no había hecho nada que no fuese

legal; y acaso estos remordimientos le pinchaban tanto más cuanto que poseía una riqueza legítimamente adquirida. El malvado atribuyó, sin duda, estos sobresaltos de su conciencia á la sola presencia de Úrsula, y se imaginó que una vez que la joven desapareciese, cesarían sus temores. Finalmente, ¡quién sabe si el crimen tiene su doctrina de perfección! Un principio de mal desea su fin, y una primera herida llama al golpe que mata. ¡Quién sabe si el robo conduce fatalmente al asesinato! Los hechos se habían sucedido con tanta rapidez, que Minoret cometió la expoliación sin reflexionar, y la reflexión vino después. Ahora bien, si habéis adivinado bien la fisonomía y el aspecto de este hombre, comprenderéis perfectamente los prodigiosos efectos que había de producir en él un pensamiento fijo. Los remordimientos son algo más que un pensamiento, provienen de un sentimiento que no puede, al igual que el amor, ocultarse, y que no deja de tener su tiranía. Pero del mismo modo que Minoret no había hecho la menor reflexión al apoderarse de la fortuna destinada á Úrsula, asimismo quiso maquinalmente arrojarla de Nemours al sentirse molestado con la presencia de una inocencia engañada. En su calidad de imbécil, no pensó en las consecuencias, y fué de peligro en peligro llevado de su avidez, como el animal salvaje que no posee la astucia del cazador y que cuenta con su agilidad y su fuerza. Los ricos burgueses que se reunían en casa del notario Dionis, no tardaron, pues, en observar un cambio en las maneras y en la actitud de aquel hombre tan despreocupado antes.

—No sé lo que tiene Minoret, está así *no sé cómo*, decía su mujer, á la cual había resuelto Minoret ocultarle su atrevido golpe de mano.

Todo el mundo se explicó el aburrimiento de Minoret por la cesación absoluta de toda ocupación y por el súbito tránsito de la vida activa á la ociosa, pues en aquella casa la fijeza de un pensamiento se confundía con el aburrimiento. Mientras que Minoret pensaba en amargar la vida de Úrsula, la Bougival no pasaba día sin hacer á su hija de leche alguna alusión á la fortuna que debía tener, ó sin comparar su miserable suerte con la que el señor le reservaba, según le había dicho á ella muchas veces.

—En fin, no lo digo por interés, decía la nodriza; pero que el difunto señor, que era tan bueno, no me haya dejado la más pequeña cosa...

—¿No estoy yo aquí? respondió Úrsula, prohibiendo á la Bougival que hablase respecto á este punto.

La pobre joven no quería manchar con pensamientos de interés los afectuosos, tristes y gratos recuerdos que acompañaban á la noble figura del anciano doctor, cuyo retrato, hecho á difumino por su maestro profesor de dibujo, adornaba su salita. Para su joven y hermosa imaginación, la presencia de aquel retrato y de los muebles que él más apreciaba, como eran su poltrona, su mesa despacho, el tablero del chaquete y el piano, le bastaban para creerse siempre en presencia de su padrino. Los dos ancianos amigos que le quedaban, á saber: el abate Chaperon y el señor Bongrand, únicas personas á quienes

quiso recibir, eran, en medio de aquellas cosas animadas casi con sus pesares, dos recuerdos vivientes de su vida pasada, á la que enlazó Úrsula su presente mediante el amor que su padrino había bendecido. La melancolía de sus pensamientos no tardó en impregnar en cierto modo sus horas y en comunicar á todas aquellas cosas una indefinible armonía mediante una exquisita limpieza, la más exacta simetría en la disposición de los muebles, algunas flores regadas diariamente por Sabiniano, y una paz que las costumbres de la joven comunicaba á las cosas, y que acabó por hacer agradable aquella vivienda. Después de almorzar y de oír misa, continuaba sus estudios y su canto, y luego bordaba sentada á la ventana que daba á la calle. A las cuatro, Sabiniano, de vuelta ya de un paseo que daba en todo tiempo, encontraba la ventana entreabierta y se sentaba en el borde exterior de la misma para hablar media hora con ella. Por la noche, el cura y el juez de paz iban á verla; pero Úrsula no quiso nunca que Sabiniano los acompañase, ni quiso tampoco aceptar la proposición de la señora de Portenduere, la cual, á instancias de su hijo, invitó á Úrsula á ir á vivir con ella. Por lo demás, la joven y la Bougival vivieron con la más sórdida economía, y no gastaban más de sesenta francos mensuales. La antigua nodriza era infatigable: lavaba la ropa y hacía la colada, no encendía el fuego más que dos veces por semana, y guardaba las viandas cocidas, que el ama y la joven comían frías; pues Úrsula quería economizar setecientos francos anuales para pagar el resto del

precio de la casa. Esta severidad de conducta, esta modestia y esta resignación á una vida pobre y miserable, después de haber gozado de una vida regalada en que sus menores caprichos se veían satisfechos, conmovió á algunas personas. Úrsula logró ser respetada y alabada. Por otra parte, los herederos, una vez satisfechos, le hicieron justicia. Sabiniano admiraba aquella fuerza de voluntad en una muchacha tan joven. De cuando en cuando, al salir de misa, la señora de Portenduere dirigía algunas palabras benévolas á Úrsula, la invitó á comer dos veces á su casa y fué á buscarla en persona. De modo que si la joven no era feliz, disfrutaba al menos de tranquilidad. Pero un suceso, en el que el juez de paz demostró su antigua ciencia de procurador, hizo estallar la persecución sorda que Minoret meditaba aún contra Úrsula. Tan pronto como los asuntos de la herencia quedaron terminados, el juez de paz, á ruegos de Úrsula, tomó por su cuenta la causa de los Portenduere, y les prometió sacarles del apuro, si bien, al presentarse en casa de la noble anciana, cuya resistencia al matrimonio de Úrsula lo ponía furioso, la hizo saber que si se interesaba por ella, lo hacía únicamente para agradar á la señorita Úrsula. Bongrand empezó por escoger como procurador de los Portenduere á un antiguo pasante suyo, establecido en Fontainebleau, y dirigió en persona la demanda de anulación de procedimiento. El juez de paz quería aprovechar el intervalo que mediaría entre la anulación del procedimiento y la nueva instancia de los Massin, para renovar el arriendo de la quinta y sacar de los cortije-

ros el pago anticipado del último año. Con este motivo, la partida de whist empezó á organizarse en casa de la señora de Portenduere entre el juez, el cura, Sabiniano y Úrsula, á la que el abate Chaperon iba á buscar y llevar todas las noches. En el mes de junio, Bongrand logró anular el procedimiento de embargo seguido por Massin contra los Portenduere, é inmediatamente firmó el nuevo arriendo, obtuvo treinta y dos mil francos del cortijero, y un arrendamiento de seis mil francos anuales por diez y ocho años. Después, por la noche, antes de que la noticia se propalase, y sabedor de que Celia deseaba colocar fondos, se fué á verla y le propuso la adquisición de los Bordieres por doscientos veinte mil francos.

—Haría inmediatamente la compra si supiese que los Portenduere se marchaban de Nemours.

—Pero ¿por qué? le respondió el juez de paz.

—Estamos ya cansados de nobles en Nemours.

—Creo haber oído decir á la anciana que si sus asuntos se arreglan, sólo podría vivir en Breaña con lo que le quedase. Habla de vender la casa.

—Pues bien, que me la venda á mí, dijo Minoret.

—Pero tú cierras aquí tratos como si fueses el amo, dijo Celia. ¿Qué quieres hacer de dos casas?

—Si esta noche no cerramos el trato de los Bordieres, repuso el juez de paz, se sabrá el arriendo que hemos hecho, nos veremos embargados de nuevo dentro de tres días, y yo saldré